

TRADUCCIÓN AUTOMÁTICA: ¿ALIADA O ENEMIGA?

Durante la segunda quincena del mes de febrero de 2009, a partir de una pregunta sobre el traductor automático de Google, se produjo un interesante debate en la lista de Asetrad. Este artículo pretende ser un compendio de las aportaciones sobre el tema de la traducción automática y la traducción asistida realizadas por diferentes profesionales del campo de la traducción con el objetivo de ser útil y, quizás, mantenernos en alerta ante la realidad y la posible evolución de nuestro mercado de trabajo.

Es indudable que la tecnología y las herramientas informáticas desempeñan actualmente un papel fundamental en el trabajo de cualquier traductor. Es más, sin ellas prácticamente sería imposible competir con otros traductores en términos de calidad y productividad. Son muchas las innovaciones que se han implantado en los últimos años y décadas en el sector de la traducción profesional, y sin las cuales no podríamos concebir hoy por hoy nuestro trabajo: los diccionarios electrónicos, Internet, los programas de traducción asistida, etc. No obstante, parece que una nueva herramienta (o quizá no tan nueva, pero cada vez más perfeccionada) está suscitando entre los profesionales ciertos recelos que no parecían darse antes: la traducción automática. ¿Es una aliada o una enemiga? ¿Es un buen método de trabajo utilizar los programas de traducción automática como principal herramienta para traducir? En vista de los avances agigantados experimentados por ciertos traductores automáticos, como Google Translator, ¿podemos decir que nos encontramos ante el futuro de la traducción? ¿Acabará la traducción automática sustituyendo a los traductores humanos? ¿Se traducirá esto en una merma de la calidad de las traducciones y/o de las tarifas?

Los traductores profesionales parecen estar divididos en dos grupos: aquellos que consideran que merece la pena prestar atención a todas aquellas herramientas que nos permitan aumentar la productividad sin afectar a la calidad de las traducciones y que opinan que cualquier recurso que nos facilite la labor profesional es bienvenido, y los que temen que la traducción automática acabe acaparando (buena) parte del trabajo desempeñado actualmente por los traductores humanos o que desconfían de los traductores automáticos por considerarlos herramientas deficientes o ineficaces que dan más trabajo del que en realidad nos ahorran.

Una cosa está clara y no podemos negarla: la traducción automática está mejorando exponencialmente y es muy probable que Google, por ejemplo, ofrezca pagando o gratis un servicio de traducción bastante aceptable dentro de muy poco. Tal como han constatado algunos colegas, los programas de traducción automática son capaces de producir, en ciertos casos, textos de una calidad altamente aceptable que apenas necesitan retoques. De hecho, muchos organismos internacionales ya los emplean en la traducción de ciertos tipos de textos, como es el caso de la UE y su programa Systran.

El ámbito para el que la traducción automática parece representar una mayor «amenaza» y donde seguramente puede desempeñar un papel importante es la traducción técnica, que abarca buena parte de los documentos que se traducen actualmente. Las características semánticas, sintácticas y estilísticas de este tipo de textos los hacen especialmente aptos para ser traducidos automáticamente, por ejemplo por el uso de palabras iguales o muy semejantes en distintos idiomas, como sucede en la jerga informática («RAM», «ROM», etc.), y la ausencia de elementos, presentes en otros textos más creativos, que no podrían ser reconocidos y mucho menos vertidos en otra lengua por un traductor automático, como las ironías, los juegos de palabras, etc.

Todo parece indicar que la tendencia del sector es que esta modalidad de traducción acabará, por decirlo coloquialmente, comiéndose una parte del pastel y ocupando un lugar legítimo en el proceso de traducción. La clave probablemente sea saber aprovechar dichas herramientas para hacer nuestro trabajo más eficaz. Pero ¿cómo? ¿Es profesional que un traductor utilice un programa de traducción automática como herramienta para traducir?

Primero deberíamos plantearnos si es rentable hacerlo, pues una cosa es utilizar un traductor automático para comprender ciertos textos y otra muy distinta emplearlo para hacer traducciones profesionales. Cualquier profesional de la traducción que se precie desea

entregar a sus clientes traducciones de máxima calidad, por lo que desde este punto de vista quizá sea poco productivo y rentable usar un programa de traducción automática. Para ello deberíamos comprobar si revisar, corregir y, en su caso, reescribir una traducción generada por un programa automático realmente nos lleva menos tiempo que traducirla nosotros mismos desde cero y, sobre todo, si la calidad final obtenida es la misma.

Como bien explica Ángel Espinosa, para que la traducción automática funcione mínimamente bien es necesaria una serie de requisitos:

- que se trate de dos idiomas muy emparentados (checo y eslovaco; portugués y castellano, etc.);
- que el texto original esté muy bien redactado, es más, redactado teniendo en cuenta factores que uno no tendría por qué tener en cuenta en circunstancias normales (es decir, evitando ambigüedades léxicas, sintácticas y mixtas que, en muchas ocasiones, no se deben a la mala redacción de un texto, sino a la propia naturaleza de las lenguas). Este proceso de mejora del texto original para optimizar el funcionamiento del traductor automático se denomina «preedición».

Cuando decimos que un programa de traducción automática debe funcionar mínimamente bien nos estamos refiriendo tanto a un criterio práctico como económico: que se tarde menos tiempo en corregir y pulir el texto (y que ello cueste menos dinero) de lo que habría tardado en traducirlo un ser humano competente para ello (es decir, un traductor profesional). Este proceso de mejora de la traducción se denomina «postedición».

En cuanto al segundo requisito mencionado, las empresas que han invertido en traducción automática (por ejemplo, Caterpillar) han tenido que invertir también en formación de sus redactores: enseñarles a escribir de tal forma que le «faciliten la vida» al traductor automático. Los resultados son muy controvertidos, porque esa formación también lleva tiempo y dinero. Además, el resultado es aceptable, pero no es literatura y se restringe a un ámbito de uso muy concreto.

Quizá la forma más práctica de agilizar nuestro trabajo y sacarle partido a la traducción automática sea utilizarla en combinación con otras herramientas, como programas de traducción asistida y de reconocimiento de voz, y siempre llevando a cabo una revisión exhaustiva de la traducción para evitar que su calidad se resienta. El procedimiento sería, en palabras de Héctor Quiñones, el siguiente:

1. El programa de traducción asistida (gestor de memorias de traducción y bases de datos de terminología) analiza un segmento.
2. Si el segmento, o uno muy parecido, está en la memoria, propone la traducción que hay en la memoria (que, en principio, debería ser útil si la memoria es de calidad).
3. Si no hay nada útil en la memoria, pero la frase es sencilla y se presta a la traducción automática (lo cual decide el traductor), se puede activar un programa de traducción automática, que nos proporcionará una pretraducción del segmento que a continuación corregiremos (y adaptaremos al estilo que nos parezca oportuno) y, en su caso, validaremos. No se trata de aceptar lo que propone el programa de traducción automática, sino de usarlo para ahorrar tiempo.
4. Si se trata de un segmento para el que no hay nada útil en la memoria y no se presta a la traducción automática, lo traduciremos del modo tradicional (desde cero), aunque podremos usar el reconocimiento de voz y el reconocimiento de terminología y expresiones cortas para agilizar la traducción.

Si bien es indudable que la traducción automática presenta ventajas, no es menos cierto que también adolece de ciertas deficiencias, algunas de las cuales ya hemos comentado: errores terminológicos (como sabemos, para traducir correctamente un texto es necesario comprender lo que se está explicando, y las máquinas pueden equivocarse de la misma manera que lo hacen las personas que traducen sin conocimientos ni investigación); los traductores automáticos no son capaces de detectar errores semánticos ni de identificar conceptos como «que suene mejor», «que quede más elegante», «que sea más conciso», etc., nociones difícilmente codificables en informática. También pueden empobrecer la riqueza terminológica y

semántica de la traducción si el traductor se limita a validar las frases que el programa de traducción automática haya traducido de forma aceptable, perdiendo así la oportunidad de usar términos, giros y expresiones que dichos programas de traducción ni siquiera conocen.

En vista de todo ello, no parece probable ni razonable que los traductores automáticos acaben sustituyendo a los humanos. Sin embargo, nace aquí otra evolución que para algunos profesionales es más preocupante: la del concepto de calidad en general. Tal como apunta Alicia Martorell, no solo avanzan las prestaciones de los motores de traducción automática. Además, a medida que va desapareciendo la competencia de cada vez más sectores, se van abriendo mercados para una traducción de menor calidad, lo que también parece impulsar las tarifas a la baja. Es por ello que merece la pena ir explorando otros mercados en los que se puedan ofrecer servicios de mayor valor añadido.

Podemos distinguir tres niveles de calidad en función de la finalidad de la traducción, como dice Andrew Steel:

1. Traducción para fines únicamente informativos (traducción pobre y literal, pero más o menos comprensible).
2. Traducción para publicación interna (traducción mediocre, pero aceptable a grandes rasgos).
3. Traducción para publicación externa (traducción buena, que sigue los mismos criterios de calidad que la redacción/edición en el mundo editorial y de la prensa).

Lo interesante de dividir el mercado global de esta forma es que, por una parte, nos ayudaría a centrarnos en el nivel 3, donde hay menos competidores, y por otra, también podría servir para educar a los clientes y ayudarles a considerar qué tipo de servicio se adecua más a sus finalidades. Además, una división similar a la de arriba nos ayudaría a definir cuáles serían los procesos, medios y competencias más adecuados para cada finalidad.

Un último aspecto que cabe señalar es que cualquiera que haya firmado un acuerdo o cláusula de confidencialidad con su cliente no puede utilizar ningún traductor automático en línea que no sea propiedad del cliente, simplemente porque vulnera dicho acuerdo o cláusula. Por otra parte, aunque el traductor no haya firmado ningún acuerdo o cláusula de confidencialidad con su cliente, seguramente este no estaría conforme con el hecho de que el traductor facilite todos sus textos a empresas como Google, Babelfish, etc. Una excepción serían los programas de traducción automática instalados en nuestro propio ordenador.

En conclusión, como afirma Alicia Martorell, la traducción automática puede que les quite trabajo a algunos traductores, que mejore las condiciones de unos y empeore las de otros, y que cree nuevos trabajos y cometidos para los profesionales del sector relacionados con el mantenimiento y la programación de tales herramientas informáticas. Según la opinión de Maya Busqué: «Como profesionales que somos, debemos tener los ojos abiertos, sin dejarnos llevar por el miedo ni por el rechazo sin más, para saber lo que se cuece, sacar partido de la situación y adaptarnos a los cambios. Lo importante es saber que la traducción automática está ahí, aprovecharla si se tercia. La tecnología puede ayudarnos, negar eso es absurdo; lo importante es aplicarla con sensatez. Sin embargo, además de adaptarnos a todo lo tecnológico (que debemos hacerlo), lo fundamental es potenciar lo que nos distingue de las máquinas, ya que traducir es mucho más que trasladar palabras: también es entender, plantearse críticamente el texto, identificar intenciones, emociones, referencias cruzadas, ecos, intertextualidad, referentes culturales, localizar los errores semánticos, trasladar un estilo, y eso todavía está muy lejos, lejísimos, de la traducción automática, porque las máquinas no sienten ni piensan críticamente. Si potenciamos lo que nos diferencia, siempre tendremos un mercado más allá de la postedición».

Para profundizar en el tema:

<http://ec.europa.eu/translation/bulletins/puntoycoma/51/pyc514.htm>

<http://www.multilingual.com>

<http://www.internostrum.com>

<http://oesi.cervantes.es/traduccionAutomatica.html>

Agradecimientos

No nos gustaría concluir este artículo sin dar las gracias a todos aquellos colegas que participaron en este hilo de debate, enriqueciéndolo con sus numerosas y bien fundadas aportaciones. Todas las ideas, opiniones e información recopiladas en esta breve exposición son fruto de su experiencia, su formación y sus reflexiones; nosotras nos hemos limitado a recogerlas, ordenarlas y plasmarlas en un único documento, en ocasiones reproduciendo incluso literalmente las palabras de algún compañero. Gracias, por tanto, a Borja Tenreiro Tenreiro (impulsor de este intenso y fructífero debate), Javier Sancho Durán, Pablo Badía, Ángel Espinosa, Esther Moreno Barriuso, Pilar Bayle, Ricard Sierra, Héctor Quiñones, Andrew Steel, Flavia Bello, Beatriz Pérez Alonso, Elena Bernardo, Françoise Bonnet, Jacqueline Goffart, Alicia Martorell, Fernando Contreras, María Hernández, Carlos Gómez, Juanjo Arevalillo, Maya Busqué, Sara Sicart, Tomás Pérez Pazos, Javier Herrera, Cristóbal (cuyo apellido, lamentablemente, desconocemos) y tantos otros cuyos nombres seguramente nos dejamos en el tintero. Por supuesto, gracias también a la junta directiva de Asetrad por proponer la elaboración de este resumen, que esperamos sea de utilidad para todos.

Autoras

Ana Fernández
Isabel García Cutillas